

# La Historia de Erik Baudelaire

Jhon Erik Montaña Ruales

Estudiante de Tecnología en Radiodiagnóstico y Radioterapia

Primer puesto

Los eventos que narraré ocurrieron una noche de marzo, en la que el trueno y la lluvia anunciaban el nacimiento de una desgracia. Con un entierro prematuro y una bandada de cuervos, Erik Baudelaire despedía a su madre; la había hallado en un rincón del baño; a su lado, una picadura de serpiente y una nota con cuestiones enigmáticas que nunca conocería; un par de puntadas venenosas cubría de sangre su pierna izquierda.

Erik bebió toda la noche, como de costumbre. La muerte de su madre no cambiaba las cosas; lo único diferente era que, tras cada copa, su garganta parecía palpar y se estrechaba con un picor casi imperceptible. El bar era silencioso; daba en apariencia estar vacío y atemporal, salvo por los escasos hombres que le acompañaban en cuerpo, si se les podía llamar hombres. Con el pensamiento sumergido y bañado en whisky, Baudelaire solo era una sombra más ahí, un perro enterrando un cuerpo joven en un dorado pozo. Todos, ensimismados en sus propias penas, todos parecían portadores de un sufrimiento y una lástima más grande que la suya; esto le enfurecía; le recordaba que hasta en eso ellos podían ser superiores a él, un escritor frustrado y desvalido de sentimientos, que no era nadie, y hace mucho había llegado a esa desdichada conclusión.

El palpar en su garganta continuó unos días más y su mente y corazón siguieron encerrados en una caja hermética que le hacían un escritor pobre y poco versátil con las palabras; sus versos herían su ego y sus personajes tan pobres como él mismo. Dejó de lado una vez más sus inclinaciones poéticas y se volvió una tulpita que apenas distinguía las formas en su realidad; vagó durante siete noches, acompañado del frío, buscando algo especial que le permitiera retomar sus fantasías, pero, nada: tristeza, quietud y soledad le rodeaban.

Una noche, el sueño lo alcanzó sobre una colina; recostó su cabeza en la raíz de un árbol y, a través de las hojas que le hacían de cielo, observó cómo las nubes se arremolinaban, cubrían la luna una y otra vez y, pensó: he olvidado lo que dijo mi madre sobre su cama la mañana que murió; a los lejos, había una ciudad llena de lluvia, una ciudad que se escondía y se resistía a ser hallada. Erik había tenido siete días para vivir su vida, pero encontró siete maneras de morir. Sin percatarse, había declinado su cabeza y el verde se había oscurecido; las raíces se extendían rompiendo el suelo debajo de este, hasta que un oscuro absoluto lo había devorado; cayó en un campo de huestes, y estas le alzaron por encima de montañas y mares; cuando estuvo muy alto, un azul celestial penetró en sus huesos a través de sus ojos; una hermosa cabaña en madera de pino y piedra le esperaba entre este azul; en ella, una mujer le abría las puertas a un paraíso, con su rostro fino y piel de porcelana almendrada. Las flores silvestres elevaban su aroma y presenció la calidez y el amor que le había sido arrebatado; por primera vez, vio una oportunidad.

En la mañana, un poco de brillo rascaba en su sueño, intentando expulsarlo suavemente de un edén onírico, pero fue traído a vivir de nuevo con sus pecados, por el tumultuoso aullido de lobos que se devoraban entre sí.

El odio era lo poco que le permitía escarbar la atmósfera donde estaban el amor y el azul más azul.

Erik odiaba en especial, dos cosas: la oscuridad y las serpientes. Odiaba la oscuridad porque lo obligaba a recorrerla en el bosque por las noches camino a casa, y la odiaba aún más porque la encontraba en cada rincón de su casa. Al recordar estos episodios antes olvidados, una ira lo inundó y, en un arrebato por desafiar sus propios temores, exhumó el cadáver de una serpiente, la arrastró hasta su casa, desolló su cuerpo, lo cosió al de una vieja lanza, pero, aún no era suficiente; no sentía la valentía y la inmunidad que necesitaba. Buscó en los viejos libros que recolectó durante semanas, hasta encontrar la forma de un viejo conjuro contenido en la clavícula de Norjani, que podía brindarle el antídoto contra las víboras y, quizá, su desgarrador miedo con la oscuridad, y solo necesitaba el cuerpo de un animal al que deshabitar durante doce minutos de distancia entre lo físico y lo espiritual, enterrándolo y desenterrándolo en un cementerio abandonado. Caminó por los llanos y caudalosos ríos hasta que, rozando una gran roca, encontró un ave herida.

– ¿Por qué la luna se negaría a brillar esta noche sobre la divina creación de la naturaleza?

– El viento le contestó:

– La luna solo es un astro, y no brilla con preferencias. No brilla para un rey ni para que los poetas la amen.

– No soy un poeta o, al menos, uno que pueda enaltecerse de serlo, pero puedo amarte si brillas esta noche para mí, como la luna, como un suspiro para los pobres; esta sonrió, giró un poco la cabeza para ocultarla; Baudelaire acarició sus plumas y se inclinó para verla.

Por un momento, Baudelaire había considerado tal acto como un final para la muerte, y se vio saliendo por el umbral, dejando atrás sus poemas, ya que no tenía a nadie más que a ella. La casa ardía entre el hambre de las llamas, pero sabía bien que no podía ser tan fácil y reconoció en él un poco de valentía; ya no tenía miedo de qué pudiera pasar; había olvidado el odio hacia la oscuridad y, el pulso en su garganta se desvanecía. Sin embargo, acechaba el bosque; continuó caminando y, al adentrarse a un oscuro sinfín de siseos y una oscuridad que parecía el cosmos y un infierno en la tierra, vio que los árboles eran tan altos que impedían penetrar el resplandor de la luna y el terreno descendía como espiral hacia una pequeña ondulación de oscuridad; caminó por horas, en círculos y perdido, para salir de ese bosque que solo le prometía muerte y, era seguro que cumpliría.

Nunca saldría de ese bosque; todos los caminos descendían y ahí estaba, a lo lejos, la hermosa mujer de fina silueta llamándole; sus ojos tan vacíos y negros como el abismo del que provenía; y cayó de rodillas ante esta. Su cansancio era grande y su voluntad se escurría por los huesos; el crujido de unas ramas fueron la voz de la muerte y sus brazos como ramas, se extendían hacia él, levantándolo del suelo húmedo; los árboles se estremecían, el aire se condensaba mientras ella replicaba con el siseo de serpientes que se escondían en los matorrales y arbustos, deseosas de devorar el cadáver de Baudelaire:

– Mi querido cuervo que también ha hecho su labor, lanzar un graznido contra el tiempo, no detendrá su caudal; yo soy quien ha estado siempre; desde que naciste me has pertenecido; el fin y el principio eso soy; muerte o tiempo soy las dos. Siempre ansioso de escribir y ser alguien; cuando siempre lo fuiste, dejaste retratos tras de ti, y ahora he tenido que venir pronto, un seguidor que dejó de ser seguidor; el tiempo te ha forjado con la dureza del acero de damasco y, escribiendo, has logrado moldear un mundo bajo tu mirada; hablaste de lo que todos vieron, mas no conocieron; viviste como nadie vivió; caminaste lejos de los que andan libres y débiles.

Terminadas las palabras, las piernas de Baudelaire cedieron al cansancio y, con su rostro en el suelo, todo se tornó lúgubre; como aquel sueño en la colina, algo inmenso y eterno lo tragaba, y pensó que podría ser otro de sus sueños y, si en el caso de que mañana hubiera un nuevo amanecer, ¿quién amaría a Erik Baudelaire?

## Para nadie en algún lugar

Querida nadie: me he levantado este domingo, consciente de la mortalidad que asecha la sombra de mis pasos, debido a que la morfina semanal ha claudicado su feroz asedio, retirando sus soldados invencibles al olimpo o al paraíso que perdimos y Beethoven los acompaña con su himno. Tras de sí han dejado un cuerpo terrenal con la boca seca y el pensamiento laxo, pero me he retraído a un arrabal entre mis recuerdos, para rescatarte de ese profundo sueño en el que aun navega tu voz, viajando con ese anciano por el río que lleva al olvido, y escucho que me llamas como el deseo febril de una noche de enero; ¿recuerdas, mi querida nadie? Recuerdas el inmenso e infinito manto negro sobre nuestras cabezas, buscando devorarte a ti, a mí y a nuestro recién nacido amor. Entonces lo abrazábamos fuerte para protegerlo de ese vacío hambriento y caníbal, dispuesto a arrebatarnos todo cuanto teníamos. Yo recuerdo el camino que me llevaba a casa, los árboles arcádicos, con troncos rebosantes de memorias y soledades, al viento chocar contra el maíz, rugiendo como una bestia temible, a la cual ya no temo; la he volcado con el deseo de recuperar mis pasos hasta la colina donde solía esperarte como a un fantasma, mientras tu voz se elevaba con el viento. Una frase de mi partida *Can't take my eyes off you*; escucha, mi querida nadie: la noche está pereciendo y el silencio la posee como a una amante; los grillos han cesado su canto, las estrellas se rinden ante el día, y yo desocupo la silla junto a mi cama para cuando estés lista para ser eternos.